

Rubén López R.:



García Márquez, la Real Academia

Fue a los cinco años el primer contacto de Gabriel García Márquez con la letra escrita, con el que había de ser el libro fundamental en su destino de escritor. Una tarde el abuelo lo llevó a conocer los animales de un circo que estaba de paso en Aracataca, su pueblo natal. Bajo la carpeta grande como una iglesia, lo que más le atrajo fue

Un rumiente maltricho y desolado con una expresión de madre espantosa.

-Es un camello -me dijo el abuelo.

Alguien que estaba cerca le salió al paso:

-Perdón, coronel, es un dromedario. [...].

Sin pensarlo siquiera, lo superó con una pregunta digna:

-¿Cuál es la diferencia?

-No la sé -se lo dijo el otro-, pero éste es un dromedario [...].

Aquella tarde del circo volvió abatido a la oficina y consultó el diccionario con una atención infantil. Entonces supo él y supo yo para siempre la diferencia entre un dromedario y un camello. Al final me puso el glorioso tumulto en el regazo y me dijo:

-Este libro no sólo lo sabe todo, sino que es el único que nunca se equivoca.

Era un mamotreto ilustrado con un atlante colosal en el lomo, y en cuyos hombros se asentaba la bóveda del universo. Yo no sabía leer ni escribir, pero podía imaginarme cuánta razón tenía el coronel si eran casi dos mil páginas grandes, abigarradas y con dibujos preciosos.

En la iglesia me había asombrado el tamaño del misal, pero el diccionario era más grueso. Fue como asomarme al mundo entero por primera vez.

-¿Cuántas palabras tendrá? -pregunté.

-Todas -dijo el abuelo.

Cuando el abuelo -quien fue soldado en las guerras civiles colombianas- le regaló el diccionario lo leyó como una novela, en orden alfabético y sin entenderlo. Se le despertó tal curiosidad por las palabras que aprendió a leer más pronto de lo esperado. Un gran maestro de música dijo que un piano debe tenerse en casa para que los niños jueguen con él. Y no es humano imponer el castigo diario de los ejercicios. Esto fue lo que le sucedió al creador de *Cien años de soledad* con el diccionario de la lengua castellana: siempre lo vio como un juguete para toda la vida. No como un libro de estudio.

Lázaro, levántate y anda

Decíamos que este diccionario fue, es el libro básico de García Márquez en su oficio de escritor. Las palabras son las herramientas del escritor, el artista de la pluma escribe a la luz de las palabras. Se requiere de un buen diccionario de la lengua, además de un diccionario etimológico y otro de sinónimos y antónimos para conocer y manejar los utensilios de trabajo.

Ser escritor supone que el tejido del lenguaje no se parezca mucho al hilvanado por los demás, implica tener un estilo más o menos innovador forjado en la fragua del trabajo. Una norma básica del estilo es la palabra exacta, pues al escritor que no desfleste con fuerza la precisión de cada una de ellas se lo considera un impostor. Es obvio que un mayor dominio del vocabulario no lo hará mejor en su arte. No se escribe sólo con vocablos.

En sentido estricto la palabra no tiene significado sino que está en potencia de significación. No dice nuda. En la frase posee un determinado sentido según



el contexto en que se encuentra, puede recibir las acepciones que el diccionario le asigna, pero también otras que no le atribuye, es decir, a ese esqueleto se le pone el tejido muscular y nervioso de las nuevas significaciones. Los vocablos sólo son palabras cuando son dichas por alguien, dice Ortega y Gasset, así como un libro sólo existe si tiene un lector. Un problema es que siendo rigurosos no existen los sinónimos, un término no es igual a otro; plego, memorial, documento y carta, que aparecen como sinónimos, tienen un significado distinto.

El diccionario es un cementerio donde yacen las palabras muertas. Y en tanto ellos implican siempre una metáfora, una transposición de sentido, el escritor es un mago que puede convertir la momia de la palabra en un ser rebosante de vida. En el Museo del Cairo al cuerpo del faraón Ramsés II lo destruyeron los rayos ultravioleta y una floración parasitaria. Fue llevado al Museo del Hombre en París donde los especialistas examinaron la momia, la rejuvenecieron con las técnicas más sofisticadas de la energía atómica, la fotografiaron en alto relieve para que después se hicieran copias parecidas, la envolvieron en sus bandas de lino oriundas del antiguo Egipto, la aromatizaron con sándalos de los oasis del Sahara, la volvieron a vestir con sus indumentarias faraónicas, la alesoraron en una cabina de plástico indestructible y antiséptico con el fin de preservarla de la contaminación y la depositaron en un sarcófago para devolverla a su lugar de origen. De manera similar procede el escritor que resucita los vocablos inertes del museo de los diccionarios y los transforma en seres donde hiere la vida plena de sentido.

García Márquez mantuvo la curiosidad por los vocablos hasta la adultez, cuando pelea a trompadas con las palabras y por lo general son ellas las que salen ganando. Esta guerra colidiana no respeta límites. "Un pobre hombre solitario sentado seis horas diarias frente a una máquina de escribir con el compromiso de contar una historia que sea a la vez convincente y bella agarra sus palabras de donde puede. La guerra es más desigual aún si el idioma en que se escribe es el castellano, cuyas palabras cambian de sentido cada cien leguas, y tienen

que pasar cien años en el purgatorio del uso común antes de que la Real Academia les dé permiso para ser enterradas en el mausoleo de su diccionario".

Las palabras las crea la gente en la calle. No los académicos. Los autores de los diccionarios las embalsaman por orden alfabético, luego de capturarlas casi siempre con mucha tardía y en numerosas ocasiones cuando ya no tienen el significado que les asignaron sus inventores. Desde antes de ser editado todo diccionario de la lengua comienza a descuartizarse y por mucho que se esmeran los autores no logran echarle mano a las palabras en su carrera hacia el cajón desdentado del olvido. Al mausoleo del diccionario le servirán de separadores nerudas de hojas disecadas, plumas de pájaros exóticos y de mariposas.

De ahí que García Márquez siente una gran admiración por María Moliner, que con su *Diccionario de uso del español* trabajo para el sin saberlo. Esta mujer española elaboró un diccionario de uso en el tiempo que le quedaba libre de recordar calcetines y de su oficio de bibliotecaria, con el método infinito de agarrar al vuelo las palabras desde que nacían y las escribir en fichas en la comodidad de su casa; en especial las que hallaba en los periódicos "porque allí viene el idioma vivo, el que se está usando, las palabras que llenen que inventarse al momento por necesidad", dijo en una entrevista.

Los diccionarios de uso tienen la ventaja de que intentan atrapar algo esencial para la buena escritura: el significado subjetivo de las palabras. Además de plasmar lo que significa cada palabra, también señala cómo se usa y se incluyen otras que la pueden sustituir. Son diccionarios para escritores y sus palabras llevan pegados olor, sabor y sonido. Así, García Márquez relata que en un ardiente verano de Roma tomó un helado que le supo a Mozart, y un amigo suyo probó en un restaurante unos riñones al Jerez y dijo suspirando que sabían a mujer. Una tisana de hierbas viejas le supo a procesión de Viernes Santo, un cordero y sus ineluctables balidos de tono metálico se le pareció a un faro, muchas veces ha comido un arroz con sabor a solapa y un pan que sabe a baúl, y ha tomado un café con sabor a ventana y una sopa que sabe a máquina de coser.

En cambio los diccionarios de la lengua no pueden trazar la dimensión subjetiva de las palabras. Cierta vez el filólogo Roberto Cadavid, con el seudónimo de Argos, se preguntó en su columna de *El Espectador* qué diferencia había entre un barco y un buque. El diccionario de la Real Academia Española decía que un buque es un "Barco con cubierta que, por su tamaño, solidez y fuerza es adecuado para navegaciones o empresas marítimas de importancia". En esa definición se confundía el barco con el buque y esto llevó a pensar a García Márquez, quien tenía otra columna en el mismo diario, que existía una diferencia subjetiva entre las dos palabras. Los buques no servían sino para empresas fluviales, eran los del río Magdalena, con dos chimeneas sustentadas con leña e impulsados con una rueda de madera en la popa; mientras, según se decía en casa de los abuelos con quienes se crió, los barcos se utilizaban para empresas marítimas, eran únicamente los de mar, como los que transportaban el banano desde Santa Marta hasta Nueva Orleans.

En sus *Notas de prensa* García Márquez destaca que un problema muy serio que muestra desmedida realidad tropicoamericana le plantea a la literatura es el de la insuficiencia de palabras. Si a un lector europeo no se le describe un río, lo más que puede imaginarse es algo tan grande como el Danubio, que tiene 2.790 kilómetros, a diferencia del Amazonas, que tiene 5.500 kilómetros de longitud, es más ancho que el mar Báltico y frente a Belén del Para no se alcanza a divisar la otra orilla.

"Cuando nosotros escribimos la palabra *tempestad* los europeos piensan en relámpagos y truenos, pero no es fácil que estén concibiendo el mismo fenómeno que nosotros queremos representar. Lo mismo ocurre, por ejemplo con la palabra *lluvia*. En la cordillera de los Andes, según la descripción que hizo para los franceses otro francés llama-